

de las obligaciones profesionales de los miembros (*Statuta*, n. 99).

Voces relacionadas: Actividad del Opus Dei; Conciencia; Estudio; Libertad; Moral cristiana; Responsabilidad; Teología; Trabajo, Santificación del.

Bibliografía: C, 369-386; *Statuta Operis Dei* o *Codex iuris particularis seu Statuta Praelaturae Sanctae Crucis et Operis Dei*, en OIG, pp. 309-346 y en IJC, pp. 628-657, nn. 96-101; AVP, III, pp. 273-290; JUAN PABLO II, Const. Ap. *Ut sit*, 28-XI-1982; Álvaro DEL PORTILLO, “Presentación”, en S, pp. 13-24; Ernst BURKHART - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de Teología Espiritual*, III, Madrid, Rialp, 2013, pp. 367-603.

Ernst BURKHART

FORTALEZA

1. La fortaleza a la luz de la Cruz de Cristo.
2. Fortaleza y conciencia de la propia debilidad.
3. Fortaleza y fe: nuestra fortaleza es prestada.
4. Fortaleza en la vida ordinaria: perseverancia, paciencia y serenidad. Santa tozudez e intransigencia.

Las enseñanzas de san Josemaría acerca de las virtudes se asientan siempre sobre el binomio dinámico de naturaleza-gracia, humano-sobrenatural, que es esencialmente cristiano y remite, a fin de cuentas, al misterio central de la Encarnación. En el caso de la virtud de la fortaleza, el realismo de san Josemaría sobre la condición humana y la grandeza de Dios ilumina su conclusión de que nuestra fortaleza es prestada. Un hombre que resiste las dificultades, e insiste en hacer el bien y perseverar en él, que en último término es la Voluntad de Dios, tiene la voluntad forjada en actos concretos de reciedumbre, de paciencia y de constancia. En general, la virtud humana alcanza su verdadero sentido y fin en la virtud sobrenatural (cfr. TANZELLA-NITTI, 1997 p. 372): en el caso concreto de la fortaleza humana, ésta llega a su ple-

nitud cuando está situada en un contexto sobrenatural. Sólo entonces el cristiano puede vivir plenamente la virtud de la fortaleza, a la luz de la fe y con la fuerza de la Cruz de Cristo.

1. La fortaleza a la luz de la Cruz de Cristo

El *Catecismo de la Iglesia Católica* define la fortaleza como la virtud moral que “asegura en las dificultades la firmeza y la constancia en la búsqueda del bien” (CCE, n. 1808). Y a continuación añade: “La virtud de la fortaleza hace capaz de vencer el temor, incluso la muerte, y de hacer frente a las pruebas y a las persecuciones” (CCE, n. 1808). La fortaleza como don se distingue de la virtud en que la primera no procede de nuestro esfuerzo ayudado por la gracia sino de la acción del Espíritu Santo, que se apodera del alma y le comunica un dominio especial sobre las potencias interiores y las dificultades de fuera (cfr. TANQUERAY, 1990, p. 701).

Sin restar valor al martirio, acto sublime de fortaleza, y a otras dificultades de especial relieve, como la incompreensión y la calumnia, de las que la vida de san Josemaría estuvo sazonada, el fundador del Opus Dei, coherente con su misión de promover la santificación de la vida ordinaria, insistió en el heroísmo en el cumplimiento cotidiano del propio deber como lugar propio del ejercicio de la fortaleza para el fiel corriente. En su predicación, san Josemaría trata con frecuencia de la reciedumbre ante las dificultades que el cristiano puede encontrar en la vida: en lo grande –la enfermedad o el dolor– y en lo pequeño –los alfilerazos que el cumplimiento del deber lleva consigo–. Muy consciente de la responsabilidad de una sólida vida espiritual para el cumplimiento de la misión del laico en el mundo, se entiende que san Josemaría acuda a otros sinónimos (reciedumbre, tenacidad, perseverancia) e incluso acuñe expresiones como la “santa tozudez” (cfr. F, 220; AD, 131) en relación con la lucha ascética, y la “santa intransigencia” (cfr. C,

387; S, 192) en relación con el apostolado de la doctrina.

Por último, es interesante subrayar cómo san Josemaría, en su predicación oral y escrita, destaca la fortaleza de la mujer –más recia en el momento de dolor–, que con esa virtud podrá hacer tanta labor en la familia y en la sociedad (cfr. C, 982; F, 690).

San Josemaría enseña que la fortaleza nace y se apoya en la fe sobrenatural, en la confianza en Dios y en la luz que el mensaje cristiano arroja sobre la existencia. Si la fortaleza nos capacita para afrontar las dificultades y aceptar los dolores, la fe nos proporciona el sentido profundo del sufrimiento. Un punto de *Surco* ilustra esta doctrina: “Esta ha sido la gran revolución cristiana: convertir el dolor en sufrimiento fecundo; hacer, de un mal, un bien. Hemos despojado al diablo de esa arma...; y, con ella, conquistamos la eternidad” (S, 887). El cristiano no teme sufrir porque Cristo en la Cruz nos ha redimido en el sufrimiento y lo ha convertido en instrumento de co-redención. Al vencer el dolor, Cristo invita a tomar la Cruz para seguirle. San Josemaría deja clara constancia de que la cruz es inseparable de la vida del cristiano: “siguiendo los pasos del Maestro, ¿podré quejarme, si encuentro por compañero de camino al sufrimiento?” (VC, I Estación). Por eso, en su predicación, crecer en fortaleza es inseparable de crecer en vida de oración, de mirar a Cristo, de ser contemplativos. De ahí que recomienda la devoción del *via crucis* para encontrar así fortaleza: “El *Vía Crucis*. –¡Esta sí que es devoción recia y jugosa! Ojalá te habitúes a repasar esos catorce puntos de la Pasión y Muerte del Señor, los viernes. –Yo te aseguro que sacarás fortaleza para toda la semana” (C, 556).

2. Fortaleza y conciencia de la propia debilidad

Una condición indispensable para ser fuerte, como predicaba san Pablo, es

el convencimiento de la propia debilidad. San Josemaría lo refleja en un punto de *Camino*: “Reconoce humildemente tu flaqueza para poder decir con el Apóstol: “cum enim infirmor, tunc potens sum” –porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (C, 604). Eso lleva a una fortaleza humilde, alimentada por la oración y trato con Cristo. La experiencia repetida de nuestras caídas nos conduce precisamente a buscar la fortaleza sólo en el Señor, haciéndonos pequeños por la humildad. Lo dice un punto de *Forja*: “Reza seguro con el Salmista: “¡Señor, Tú eres mi refugio y mi fortaleza, confío en Ti!” Te garantizo que Él te preservará de las insidias del “demonio meridiano” –en las tentaciones y... ¡en las caídas!–, cuando la edad y las virtudes tendrían que ser maduras, cuando deberías saber de memoria que sólo Él es la Fortaleza” (F, 307).

Las lágrimas son a veces señal de debilidad, pero también de un sufrimiento que, siendo duro, es plenamente aceptado, y en este sentido son compatibles con la virtud de la fortaleza. En la homilía *Virtudes humanas*, leemos: “El fuerte, a veces, sufre, pero resiste; llora quizá, pero se bebe sus lágrimas” (AD, 77). En un punto de la meditación de la primera estación de *Vía Crucis*, de nuevo san Josemaría habla de gemir o llorar en medio del sufrimiento y hace surgir, en ese contexto, la entrega plena: “Jesús ora en el huerto: «Pater mi» (Mt 26, 39), «Abba, Pater!» (Mc 14, 36). Dios es mi Padre, aunque me envíe sufrimiento. Me ama con ternura, aun hiriéndome... Constituirá una señal cierta de mi filiación, porque me trata como a su Divino Hijo. Y, entonces, como Él, podré gemir y llorar a solas en mi Getsemaní, pero, postrado en tierra, reconociendo mi nada, subirá hasta el Señor un grito salido de lo íntimo de mi alma: «Pater mi, Abba, Pater,...fiat!»” (VC, I Estación).

La premisa para que las lágrimas puedan tener sentido está en relación con la filiación divina. Es el llorar de un hijo que

busca el refugio y fuerza en su Padre Dios. “Me consuela pensar que sólo las bestias no lloran: lloramos los hombres, los hijos de Dios” (AD, 161). Al fuerte, si llora, no le importan las lágrimas porque es sólida su conciencia de ser hijo de Dios. Son la humildad y la contrición, si hay caídas, las que transformarán la debilidad humana en fortaleza divina (cfr. VC, VII Estación). Por eso, Escrivá afirma que los varones también lloran, y añade que eso no es señal de falta de fortaleza. “Llora: que sí, que los hombres también lloran... Con esas lágrimas, ardientes y viriles, puedes purificar tu pasado y sobrenaturalizar tu vida actual” (C, 216).

3. Fortaleza y fe: nuestra fortaleza es prestada

En un punto de *Camino* el fundador del Opus Dei afirma: “Toda nuestra fortaleza es prestada” (C, 728). La fortaleza de un hijo de Dios es humilde precisamente porque se sabe prestada. El préstamo se realiza en y por la vida teologal del cristiano. También se puede decir que al experimentar esta virtud como prestada, vemos en cierto modo la acción del Espíritu Santo que regala su don de fortaleza al alma dócil y humilde (cfr. BURKHART - LÓPEZ, II, 2011, pp. 482-483). Reencontramos aquí la conciencia de la filiación divina, y también la fraternidad como fuente de fortaleza. La caridad cristiana, que es humana y sobrenatural, es refugio para encontrar fuerza en la fatiga del viador. Lo escribe así en *Forja*: “Si sabes querer a los demás y difundes ese cariño –caridad de Cristo, fina, delicada– entre todos, os apoyaréis unos a otros: y el que vaya a caer se sentirá sostenido –y urgido– con esa fortaleza fraterna, para ser fiel a Dios” (F, 148). Los otros también nos prestan fortaleza y nosotros, a pesar de nuestra nada, podemos ser fuerza para los demás: “Con el conocimiento de nuestra flaqueza, de nuestro ningún valer, pero –con la gracia de Dios y nuestra buena voluntad– ¡somos colirio!, para iluminar, para

prestar nuestra fortaleza a los demás y a nosotros mismos” (F, 370). La fortaleza de un hijo de Dios es prestada, sostenida por la fuerza de la filiación y de la fraternidad.

4. Fortaleza en la vida ordinaria: perseverancia, paciencia y serenidad. Santa tozudez e intransigencia

Como ya dijimos, san Josemaría, de acuerdo con la luz que recibió para iluminar la grandeza de la vida ordinaria, glosa con amplitud el sentido de la fortaleza en el vivir diario. Su homilía sobre la Cuaresma, *La conversión de los hijos de Dios*, en *Es Cristo que pasa*, evoca el realismo del cristiano, que se enfrenta con todo lo que la vida ofrece: “El cristiano es realista, con un realismo sobrenatural y humano, que advierte todos los matices de la vida: el dolor y la alegría, el sufrimiento propio y el ajeno, la certeza y la perplejidad, la generosidad y la tendencia al egoísmo. El cristiano conoce todo y se enfrenta con todo, lleno de entereza humana y de la fortaleza que recibe de Dios” (ECP, 60).

San Josemaría reconoce que el camino del cristiano, el de cualquier hombre, no es fácil. “Vivir es enfrentarse con dificultades, sentir en el corazón alegrías y sinsabores; y en esta fragua el hombre puede adquirir fortaleza, paciencia, magnanimidad, serenidad” (AD, 77). Dentro de la vida ordinaria, el cristiano crece en fortaleza. Más aún, la ascética del cristiano exige fortaleza: reciedumbre y voluntad en vivir las virtudes que definen el carácter (cfr. S, 777). Señalemos algunos aspectos:

Perseverancia en el deber y en el trabajo. La doctrina de san Josemaría sobre las virtudes siempre cuenta con un fundamento humano. En el caso de la fortaleza, una voluntad tenaz es importante. “Voluntad. –Energía. –Ejemplo. –Lo que hay que hacer, se hace... Sin vacilar... Sin miramientos...” (C, 11). “Es fuerte el que persevera en el cumplimiento de lo que entiende que debe hacer, según su conciencia” (AD, 77).

Parte de la enseñanza de san Josemaría sobre la santificación del trabajo es perseverar en él y terminarlo bien poniendo la “última piedra”, algo propio de gente fuerte y enamorada. Escrivá lo explica así en *Forja*: “Prueba evidente de tibieza es la falta de «tozudez» sobrenatural, de fortaleza para perseverar en el trabajo, para no parar hasta poner la «última piedra»” (F, 489). Todo en el contexto general de su doctrina sobre la santificación del trabajo, que implica que esta fortaleza en el deber no es cumplir el deber por el deber, sino amar.

Fortaleza en ejercer la autoridad. San Josemaría trata de otro campo que reclama vivir la fortaleza: el de la autoridad. Él mismo, siendo fundador, pastor y guía de almas, sintió el peso de la autoridad. Conoció la posibilidad de dejarse llevar por la comodidad o una falsa comprensión para no ejercer el deber de enseñar, corregir, acompañar, esperar y repetir. Por eso puede decir: “No es soberbia, sino fortaleza, hacer sentir el peso de la autoridad, cortando cuanto haya que cortar, cuando así lo exige el cumplimiento de la Santa Voluntad de Dios” (F, 884).

La paciencia. Leemos en la homilía *Virtudes humanas*: “El que sabe ser fuerte no se mueve por la prisa de cobrar el fruto de su virtud; es paciente. La fortaleza nos conduce a saborear esa virtud humana y divina de la paciencia” (AD, 78). La paciencia está de algún modo en la raíz de toda virtud que implica fortaleza. El fuerte es capaz de esperar porque es paciente. Es capaz de esperar porque es realista, cuenta con los tiempos y con el tiempo: “En las batallas del alma, la estrategia muchas veces es cuestión de tiempo, de aplicar el remedio conveniente, con paciencia, con tozudez” (AD, 219). A la vez, esta capacidad de esperar está fortalecida con la virtud sobrenatural de la esperanza. San Josemaría recomienda hacer actos de esperanza para crecer en paciencia. El fuerte sabe esperar y es paciente porque pone su confianza en el poder de la gracia de Dios.

La serenidad está en relación con el conjunto de las virtudes cardinales y brota en primer lugar como fruto de la fortaleza. Como la virtud de la fortaleza, versa sobre lo difícil y lo bueno. La paz en medio de dificultades interiores o exteriores manifiesta un fuerte tejido de virtudes humanas y sobrenaturales. Encontramos esta idea en un punto de meditación de *Via Crucis*: “Tranquilo. Sereno... No desees salir de este mundo. No rehúyas el peso de los días, aunque a veces se nos hagan muy largos” (VC, XIII Estación). Y en *Amigos de Dios*: “Fuertes y pacientes: serenos. (...) Serenos, aunque sólo fuese para poder actuar con inteligencia: quien conserva la calma está en condiciones de pensar, de estudiar los pros y los contras, de examinar juiciosamente los resultados de las acciones previstas. Y después, sosegadamente, interviene con decisión” (AD, 79).

La tenacidad: la santa tozudez en la vida interior y en el apostolado. Un aspecto de la fortaleza es la tenacidad. Escrivá ha calificado la tozudez como santa, para aplicar la fortaleza concretada en la lucha ascética del cristiano y en su apostolado: “No me olvidéis que santo no es el que no cae, sino el que siempre se levanta, con humildad y con santa tozudez” (AD, 131). La imagen del atleta que se entrena y se empeña en superarse resulta muy eficaz para ilustrar este aspecto concreto de la virtud. “El buen deportista no lucha para alcanzar una sola victoria, y al primer intento. Se prepara, se entrena durante mucho tiempo, con confianza y serenidad: prueba una y otra vez y, aunque al principio no triunfe, insiste tenazmente, hasta superar el obstáculo” (F, 169). Señala también que la tenacidad es fundamental en el apostolado porque, en general, las almas necesitan tiempo y las obras apostólicas no salen al primer intento.

La santa intransigencia en la doctrina. De san Josemaría aprendemos a no ceder en las verdades de la fe y a tratar con cariño y comprensión a quienes están equi-

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.